**Renovar la esperanza en este tiempo de adviento**

El tiempo de adviento nos invita a prepararnos para la navidad “esperando al que ha de venir”. Es decir, se nos piden dos actitudes: (1) esperar (2) a alguien. Lo primero nos confronta con algo muy humano como es la esperanza. Por muchas dificultades que tengamos, hay un impulso interior que nos hace esperar que las cosas cambien. A eso el filósofo Ernst Bloch le llamó el “principio esperanza” que luego será retomado por el teólogo Jürgen Moltmann, en su “Teología de la esperanza” mostrando que, por encima de todas las dificultades humanas, hay como un resorte interior que nos hace levantarnos una y otra vez y caminar hacia delante. Y desde la fe, por supuesto es Dios mismo quien nos impulsa a avanzar hacia un futuro que esperamos sea con Él y en plenitud.

Sin embargo, a veces este dinamismo humano parece apagarse. La rutina, el conformismo, la inmediatez nos hacen perder esa capacidad de esperar que las cosas sean nuevas y mejores. Y, en la vida cristiana, esto pasa más de lo que nos imaginamos. Parece que ya es un hecho que creemos en Dios y simplemente vamos pasando de celebración en celebración sin vivir una renovación interior, sin dejarnos sorprender por el Dios que nos sale al encuentro en cada minuto de nuestra existencia.

La invitación, por tanto, en este tiempo de adviento es a renovar la actitud de espera. Puede ayudar el preguntarnos: y, para este tiempo de adviento ¿qué espero? ¿qué anhelos tiene mi corazón? ¿qué quisiera que trajera el Dios que viene? Cada adviento podría ser un momento privilegiado que marcara nuestra vida y nos diera un nuevo horizonte para vivir el año que nuevamente comienza. Muchas esperanzas podrían acompañar nuestra vida: A nivel personal, crecer en la vida interior afinando nuestra escucha de Dios, de su palabra, de su querer sobre la humanidad. A nivel comunitario, crecer en el amor a los otros para amarlos más y mejor, comprender sus dolores y alegrías, disculpar sus errores y colaborar en todo lo que necesiten. A nivel social, sensibilizarnos mucho más por aquello que interesa más a Dios: los pobres por quienes Él se inclina, siempre y en primer lugar. Eso supone crecimiento en la dimensión social de la fe, no como algo añadido sino como inherente a nuestra vida cristiana.

En este último aspecto es fácil sentirnos cercanos de esta realidad porque corren vientos en Latinoamericana de indignación frente a la injusticia social y eso va muy en sintonía con los profetas que anuncian al Dios que viene. Ellos siempre denuncian la suerte de los pobres como fruto de la desigualdad y convocan al derecho y la justicia que han de ejercer los gobernantes para que la situación cambie (Sal 72,2). Los profetas dejan ver con claridad que la justicia de Dios siempre se pone del lado del pobre, del débil, del necesitado, porque si Él viene es para cambiar su suerte. Ahora bien, Dios solo puede actuar a través de los seres humanos y por eso el clamor constante a que podamos entender su lógica de amor y la pongamos en práctica. Seguimiento, discipulado, vocación, no son, en primer lugar, para la santificación personal sino para hacer posible -en la historia- el actuar de Dios a través nuestro.

Este tiempo de adviento, podría ser, entonces, un tiempo de espera activa, de esperanza fecunda. Un tiempo de preparar los caminos del Niño que llega. Preparar nuestra vida para que Él pueda contar con nosotros haciéndole presente en todos nuestros actos. Preparar nuestro mundo para que se haga más claro que el Dios que viene, denuncia y anuncia la justicia para todos pero, especialmente, para los más pobres. Preparar nuestra iglesia para que se renueve por dentro y se parezca cada vez más a la iglesia de los orígenes, aquella que nació alrededor de un pesebre. Preparar, en definitiva, un adviento fecundo que celebre realmente al Niño que llega “para alegría de todo el pueblo” (Lc 2, 10)

<https://www.religiondigital.org/fe_y_vida/> Olga Consuelo Vélez Caro